

¿Recuerda el lector el relato de Tristán e Isolda? El argumento gira alrededor de una transformación en la relación entre los dos protagonistas. Isolda le pide a su doncella, Brangäne, que prepare una pócima mortal, pero en lugar de hacerlo, Brangäne prepara un “filtro de amor”, que tanto Tristán como Isolda beben, no sabiendo lo que se supone que producirá. La misteriosa pócima desata en ellos la más profunda de las pasiones, y los atrae mutuamente en un éxtasis que nada puede romper, ni siquiera el hecho de que cada uno de ellos por su lado está traicionando miserablemente al benévolo rey Mark.

(...)

Existen, efectivamente, “pociones” en nuestro propio cuerpo y cerebro, capaces de formar en nosotros comportamientos que podemos suprimir o no mediante un fuerte tesón. Un ejemplo clave es la sustancia química oxitocina. En el caso de los mamíferos, incluidos los seres humanos, es fabricada tanto en el cerebro (en los núcleos supraóptico y paravoventral del hipotálamo) como en el cuerpo (en el ovario o en el testículo). Puede ser liberada por el cerebro con el fin de participar, por ejemplo, directamente o mediante la interposición de hormonas, en la regulación del metabolismo; o bien puede ser liberada por el cuerpo, durante el parto, la estimulación sexual de los genitales o los pezones, o el orgasmo, situaciones en las que actúa no sólo sobre el cuerpo propiamente dicho (por ejemplo, relajando los músculos durante el parto), sino también en el cerebro. Lo que puede hacer allí no le va a la zaga al efecto de los elixires legendarios. En general influye sobre una gama completa de comportamientos de acicalamiento, locomoción, sexuales y maternos. Lo que es más importante, para mi relato, es que facilita las interacciones sociales e induce el establecimiento de vínculos entre parejas apareadas. Un buen ejemplo procede de los estudios de Thomas Insel sobre el topillo de pradera, un roedor de magnífico pelaje. Después de un cortejo relámpago y de un primer día de cópulas intensas y repetidas, el macho y la hembra se vuelven inseparables hasta que la muerte los separe. En realidad, el macho adquiere una disposición desabrida hacia cualquier animal que no sea su amada y por lo general ayuda mucho en el nido. Este vínculo no es sólo una adaptación encantadora, sino muy ventajosa, en muchas especies, puesto que mantiene juntos a los que han de criar a la prole, y también ayuda en muchos otros aspectos de la organización social. (...)

A la neurobiología del sexo, sobre la que actualmente se conocen muchas cosas, podemos añadir ahora los inicios de la neurobiología de la fidelidad y, pertrechados con ambas, iluminar un poco más este complejo conjunto de estados y comportamientos mentales que llamamos amor.

Damasio, Antonio, El error de Descartes